

---

Sergio Villalobos R., Osvaldo Silva G., Fernando Silva V., Patricio Estelle M.: HISTORIA DE CHILE. Santiago de Chile, Editorial Universitaria, Tomo I, 1974, Tomo II, 1975.

La variedad en concebir la historia es infinita y los escritores gozan de la misma libertad. América tuvo la fortuna de ser un tanto original en el tema por razón de su tardío descubrimiento y así pudo mirar su rostro en el quieto espejo del agua con los poetas épicos, que la adornaron con su fantasía. Vinieron después las crónicas de convento a dar el modelo en el espejo barroco adornado de rocalles y cornucopias con los criterios religiosos de la reforma católica. El siglo XVIII laicizó la historia y le dio el nombre de historia civil y se convirtió en oficio de seglares, que estaban empapados en los principios de la Ilustración del Siglo de las Luces. Más tarde fue el liberalismo el que juzgó los hechos de acuerdo con los derechos del hombre y del ciudadano y con los ideales políticos de la revolución francesa y de la democracia. Y así la historia cabalga siempre al anca del pensamiento que le es contemporáneo.

Pero no termina aquí la aventura del pensamiento histórico porque unos se apoyan en los hechos, como los positivistas, que dicen que con fijar los acontecimientos basta para que la mirada del lector capte el pasado en toda su perfección, en tanto que otros se lanzan por las vías inescrutables del pensamiento, conscientes de que el positivismo no es capaz de cumplir con lo que dice ni en el fondo ni en la forma.

No terminan aquí tampoco las solicitudes de la inteligencia a las visiones del pasado, porque aparece la lucha entre la síntesis y el análisis, entre el conjunto y el detalle, entre la variedad de materias y el punto en que hay que poner el énfasis o la primacía. Algunos libros son interpretativos y han alcanzado fama e influjo, tales como *Las tres colonias* de Eduardo Solar Correa, *La fronda aristocrática* de Alberto Edwards o *La fisonomía histórica de Chile* de Jaime Eyzaguirre, y han aportado a la historia del país algo característico con su novedosa reflexión sobre los problemas y los hechos. Este enriquecimiento de la literatura histórica necesariamente ha de tener un reflejo en aquella parte de la literatura histórica, que sin ser erudita, quiere volcar al gran público la herencia acumulada y dar a conocer dentro del mismo estilo de ensayo los grandes rasgos de la evolución nacional. Para esto nada más práctico que un conjunto de especialistas que, echando una cana al aire y despojándose del aparato crítico, narran la historia con la amena libertad de sus síntesis desde los ángulos de su

especialidad. El agradable tratamiento de las materias, la ausencia del fárrago erudito hacen llegar tales obras a las manos de todos y ayudan con sus grandes líneas a tener una idea del pasado en armónicos conjuntos fáciles de captar. Es cierto que algunos celosos defensores de la musa Clío, al verla en traje de casa y sin las galas de su refinada elegancia, levantarán el grito de su justificada sorpresa, pero el público agradecerá que se le haya permitido conversar con la historia sin tantos protocolos y haber aprendido muchas cosas con el discurso llano y familiar de todos los días. Probablemente los mismos autores sean conscientes de alguna imperfección para la cual esperan la comprensión de todos, porque cuando hay opiniones, ninguna alcanza valor universal. Las ilustraciones de la obra son un acierto, porque muestran imágenes del pasado: de personas, de objetos y de cartografía hechas en tiempos remotos, cuyo objeto es ambientar la narración con imágenes lo más auténticas posibles, aunque sean ingenuas como las de Pineda y Bascañán, de Ovalle o de Huamán Poma de Ayala, porque traen el perfume y el sabor del tiempo viejo y desvanecido.

La prehistoria, la conquista y la colonia tendida entre dos siglos forman el tema de los volúmenes primero y segundo de esta historia en cuatro tajadas. La prehistoria sigue al hombre y al paisaje del trópico a la antártica y lo ve de hilandero y alfarero, de cazador y pescador, de agricultor y artesano de barcas y de flechas, unas veces adaptándose a la naturaleza y otras tratando de dominarla. Llega el conquistador y la guerra recorre el territorio. Naves y caballos de la conquista un día se detienen. Alzan ciudades, reparten el trabajo y la tierra y se vive un tiempo del resplandor efímero del oro. La colonia traza el estado en forma, regula la producción y el comercio, difunde la fe y se reviste de los atributos barrocos del arte en los templos y en las fiestas. Los dos siglos de la colonia se diferencian en el progreso creciente y armónico desarrollo.

El proceso histórico se capta en las visiones generales y en el análisis de los hechos particulares y es la mente humana la que incita a lo uno y a lo otro llevada de la inquieta curiosidad. Esta obra nos ofrece la visión panorámica de temas y problemas. Es una alta torre desde cuyas ventanas vemos los siglos de un vivir que es nuestro con la esperanza de recoger su herencia y su experiencia.

WALTER HANISCH, S. I.

*William F. Sater. THE HEROIC IMAGE IN CHILE. ARTURO PRAT, SECULAR SAINT. University of California Press. Berkeley, 1973. X, 243 págs.*

Llama la atención el escaso interés que ha despertado la Guerra del Pacífico entre los historiadores nacionales más recientes, no obstante las

conocidas limitaciones de los trabajos que existen sobre el tema. El de Gonzalo Bulnes, por citar un ejemplo —sin lugar a dudas uno de los estudios de más envergadura—, se adentra sólo en los problemas políticos, militares y diplomáticos, con un criterio que refleja fielmente las inquietudes históricas de comienzos de este siglo. Es por eso que resulta evidente —sobre todo a la luz de los nuevos intereses temáticos surgidos desde entonces hasta la fecha— la existencia de un conjunto de materias relacionadas con el conflicto de 1879 sobre las cuales se tiene un conocimiento restringido e insuficiente, que sería de la mayor importancia investigar a la brevedad.

El primer mérito de la obra del profesor norteamericano William F. Sater es su esfuerzo por abordar la Guerra desde una perspectiva original. Su libro, en efecto, tiene como propósito central precisar las razones que explican el culto a Prat y, a la vez, determinar en qué forma fue utilizado el héroe por los distintos sectores de la sociedad chilena.

El trabajo que comentamos se encuentra dividido en ocho capítulos. El primero corresponde a una narración del combate naval de Iquique, descripción que le sirve al autor para ubicar al personaje que constituye el objeto de su preocupación.

El capítulo segundo analiza, en detalle, lo que Sater llama la “sociedad en crisis”, 1876-79. Apoyándose de preferencia en los periódicos —la fuente más empleada a lo largo de la investigación— explica la situación interna del país, destacando en forma especial los agudos problemas políticos, religiosos y económicos. El enfoque en cuestión no merece objeciones serias. Parecería conveniente, sin embargo, matizar la expresión proteccionismo, que Sater aplica a algunas de las medidas tomadas por el gobierno a fin de paliar la crisis de 1878. Ello, para no dar la impresión de una postura económica contraria a la dominante, puesto que, como es sabido, sólo se trató de una extensión parcial a la industria del proteccionismo que, desde antes, favorecía a mineros y agricultores.

En la primera parte del capítulo tercero, el autor explica las causas de la Guerra del Pacífico. A continuación, ofrece un balance de las fuerzas de los países beligerantes, concluyendo que Chile era, en este aspecto, inferior a la alianza Perú-boliviana.

Una vez iniciado el conflicto —advierte Sater— la marcada rivalidad partidista se transformó en una espontánea cohesión de los grupos políticos en torno al gobierno. Pero sus vacilaciones en la conducción de la Guerra, crearon un clima de crítica e incertidumbre, que favoreció la popularidad inicial de Prat.

El capítulo cuarto comienza con una referencia al abandono en que quedaron Prat y Condell en Iquique, responsabilidad que Sater achaca a Williams Rebolledo, Jefe de la Escuadra en 1879. Luego de estas consideraciones, entra de lleno al tema principal de la investigación: el culto al héroe. A juicio del profesor norteamericano, la acción de Prat el 21 de mayo calzaba con la imagen de héroe que es característica de un pueblo católico,

para el cual es preferible morir luchando antes que rendirse al enemigo. Sin rechazar totalmente la validez de este punto de vista, el lector se pregunta, ¿no es siempre la muerte por la patria un acto de heroísmo sumo para la conciencia de cualquier pueblo?

Muy sugerente es la exposición de las reacciones que produjo el sacrificio de Prat, tema de la segunda parte de este capítulo. Para unos, él se enlazaba con las mejores tradiciones legadas por los próceres de la Independencia. Para otros, el capitán de la Esmeralda llegó a ser un símbolo de la lucha que sostenía Chile, fenómeno que hace recordar lo sucedido a raíz del asesinato de Portales en 1837. La muerte, en ambos casos, sirvió como acicate para movilizar al pueblo en contra de Perú y Bolivia. Y un último sector —los círculos contrarios a la gestión de Pinto— echó mano de Prat para hacer ver la incapacidad del gobierno en los asuntos de la Guerra. Esta temprana manipulación de su figura —concluye Sater— habría contribuido en forma notoria al desarrollo de su imagen heroica.

El capítulo quinto es uno de los más logrados y atractivos. Básicamente, el autor plantea que Prat tuvo más resonancia en este siglo que en el pasado. Y si bien reconoce su significación antes de 1900, postula que el clima vivido durante el parlamentarismo influyó en la importancia que adquirió el héroe de Iquique.

Durante esta época —cuyo comienzo no puede situarse en 1880, tal como lo hace Sater— se aprecia una marcada insatisfacción con relación a la marcha del país, fenómeno que Mac Iver interpretó como una “crisis moral”. Este clima espiritual, por de pronto, abrió las puertas para una reconsideración del pasado, puesto que allí se encontraban las verdaderas fuentes en que debía inspirarse el quehacer nacional. Las circunstancias anotadas —afirma Sater— eran propicias para el aumento de la popularidad de Prat, cuya figura fue propuesta como modelo de las virtudes cívicas que el país había perdido.

El capítulo sexto muestra la resonancia de Prat entre distintos sectores políticos. Para los grupos que se identificaban con *El Mercurio*, *La Unión* y *El Diario Ilustrado*, su nombre sirvió tanto para estimular el espíritu de sacrificio como para concitar la unidad entre los chilenos. En este último aspecto, la investigación entrega sugerente información para la comprensión de la mentalidad política tradicional, muy conmovida por la pérdida del consenso que había caracterizado la vida nacional durante el siglo pasado.

Los dirigentes del movimiento nacional-socialista, por su parte, vieron al héroe como un ejemplo digno de ser imitado, razón por la cual lo propusieron como modelo a los miembros de dicha corriente política.

En lo que toca al comunismo, el autor distingue bien los dos períodos que muestra el partido fundado por Luis Emilio Recabarren. El primero, de claro tinte revolucionario, se cierra en 1927, año en que el gobierno de Ibáñez lo pone fuera de la ley. El segundo comienza en 1931 y muestra a una colectividad con otra orientación táctica. El “orden político burgués”

—duramente criticado poco antes— es ahora tolerado e incluso defendido, puesto que se le considera un camino posible para llegar al poder. Los hechos posteriores, como es sabido, confirmarían la eficacia de la nueva postura.

Para los comunistas criollos —apunta Sater— Prat tuvo escasa significación. Su participación en una guerra de carácter “imperialista”, le restaba brillo y altura. O’Higgins, Balmaceda y Recabarren, en cambio, despertaron verdadero interés, principalmente por ser figuras que se habían rebelado en contra de la sociedad establecida.

El diario *La Opinión* —vocero de una de las tantas fracciones del socialismo de los años 30— ve a Prat como un fiel intérprete de las mejores virtudes nacionales. A diferencia de los comunistas, los socialistas niegan que el conflicto de 1879 hubiera tenido un propósito “imperialista” y afirman, en cambio, que Chile sólo buscó defender su honor. Destacan, por otra parte, el papel que le cupo a la clase media y al proletariado en la Guerra, como una manera de justificar la preponderancia que, según aquéllos, dichos sectores debían tener en la conducción del país.

Una vez iniciada la Segunda Guerra Mundial, *La Opinión* elude herir a Perú y Bolivia con sus artículos sobre el 21 de mayo. Por encima del orgullo nacional, se estima de más trascendencia promover la unidad del continente americano, ideal que, desde luego, no era compatible con la remoción de antiguas rivalidades.

La exposición de Sater resulta muy sugerente, a la vez que ofrece datos que permiten conocer mejor la conducta política de los distintos grupos que examinó. Algunas generalizaciones en que incurre —juicios sobre la administración Ibáñez, por ejemplo— no desmerecen este llamativo capítulo.

El capítulo séptimo expone el uso que hicieron de Prat los educadores chilenos y, en general, quienes manifestaron alguna preocupación por la enseñanza. Entre éstos destacan los llamados nacionalistas, sector que luchó con el fin de que el país se inspirara en lo que, a su entender, eran sus reales tradiciones, y no en elementos foráneos que estimaban ajenos al alma nacional.

La búsqueda en el pasado de los valores que el vicio de la imitación había adormecido —añade Sater— creó condiciones favorables para el cultivo y enseñanza de la Historia. Pero no entendida sólo como un conjunto de hechos cronológicamente ordenados, sino como una disciplina que debía, también, proyectar modelos de patriotismo. Prat —continúa Sater— servía en este último sentido, puesto que era uno de los mejores representantes de las virtudes cívicas que el país ya no practicaba.

El último capítulo relata la significación de Prat en las Fuerzas Armadas. Al respecto, anota el autor que su resonancia en el Ejército fue limitada. No sucedió lo mismo, como era de suponer, dentro de la Armada, institución en la que Prat desempeñó un doble papel. Fue, por una parte, el modelo

por excelencia para todo marino. Y, por otra, su figura sirvió para fortalecer las peticiones que elevaron al gobierno los círculos navales, y cuyo objeto era obtener fondos para aumentar el poder marítimo de Chile. El país —expresaba la *Revista de Marina*— estaba en deuda con el héroe, la que debía ser pagada entregándole a la Armada los recursos que le permitieran recuperar el sitio que ocupó en Sudamérica.

Concluye el libro con dos cuadros (Apéndices 1 y 2) dedicados a la popularidad de Prat, seguidos por una detallada enumeración de las fuentes y la bibliografía empleada.

El trabajo del Profesor Sater, mirado en conjunto, es un interesante aporte sobre el sentido que ha tenido Prat para los chilenos. Los reparos que pueden formularse a ciertas generalizaciones e interpretaciones, no le restan categoría a esta obra, que tiene el valor adicional de proporcionar información sobre una época aún mal conocida, el período 1925-45. Doble mérito, pues, el de este estudio, cuya traducción sugerimos como una forma de incentivar la investigación hacia los problemas vinculados con la Guerra del Pacífico.

JUAN EDUARDO VARGAS CARIOLA

*Marcello Carmagnani: SVILUPPO INDUSTRIALE E SOTTOSVILUPPO ECONOMICO. IL CASO CILENO. (1860-1920). Fondazione Luigi Einaudi. Torino, 1971.*

Este trabajo tiene la importancia de ser el primero en estudiar los orígenes de la industria nacional mediante la utilización de fuentes cuantitativas y metodología moderna. Las pocas investigaciones efectuadas sobre este terreno abarcaban principalmente los años posteriores a 1930 y, con excepciones, el período anterior a la Primera Guerra Mundial. Por esta razón y por las dificultades que encierra el acceso a este libro para el lector chileno, hemos optado, a riesgo de extendernos demasiado, por una descripción detallada de sus principales planteamientos.

Carmagnani estima que el fenómeno de la industrialización chilena no puede ser analizado en forma independiente de la evolución de la estructura económica general. De ahí que su estudio ahonde no sólo en el análisis global y sectorial del desarrollo industrial, sino, también, en el pensamiento y políticas económicas, así como en las relaciones de la economía chilena con la economía internacional.

En la base de esta obra se aprecia una crítica a la idea que considera a la industrialización como un fenómeno típico de desarrollo económico, puesto que, si bien la industrialización fue un fenómeno revolucionario para Inglaterra o generador de desarrollo para otros países, en el caso

chileno ha sido factor de subdesarrollo. Sostiene Carmagnani, asimismo, a diferencia del pensamiento de la CEPAL, de Aníbal Pinto Santa Cruz y otros, que el proceso de sustitución de importaciones se inicia en la década de 1870 y no, como lo sustentan aquéllos, a partir de 1930.

El primer capítulo está destinado a un análisis global del desarrollo industrial y artesanal que divide en tres periodos: antes de 1895, de 1895 a 1910 y de 1910 a 1918, iniciando su estudio por el segundo de los nombrados.

En el período 1895-1910 se aprecia una tendencia al crecimiento, la cual no tendría las mismas características para todos esos años. En efecto, entre los años 1895-1906 habría aumentado la producción debido a un mayor aprovechamiento de la capacidad instalada de las empresas, aunque entre 1906-1910 el incremento tendría su origen en la proliferación de los establecimientos fabriles. En definitiva, la mayor demanda interna de bienes habría sido absorbida, en una primera etapa, por las industrias existentes y luego por el aumento cuantitativo del número de empresas, puesto que siguieron predominando las pequeñas y medianas. De ahí que sólo será posible hablar de progreso durante los años 1895-1906, atendiendo a que únicamente en ese período existe un desenvolvimiento de la concentración industrial y un aporte de nueva tecnología.

Por otra parte, en la etapa 1895-1910 la industria no habría desempeñado un papel dinámico en el desarrollo económico, lo cual quedaría de manifiesto por el incremento de la materia prima de origen extranjero que ella utiliza. Afirma Carmagnani que en un "proceso lógico de desarrollo industrial", el sector manufacturero debería favorecer la utilización de materia prima nacional y, por consiguiente, provocar un aumento de la producción minera y agrícola. Anota que esta peculiaridad, que se aprecia en la evolución chilena, se debió, en forma preferente, a que el país era incapaz de reducir drásticamente sus importaciones sin disminuir en la misma proporción las exportaciones que eran decisivas, porque significaban la fuente más importante del ingreso nacional. Chile, a causa de su situación de dependencia, a lo más podía racionalizar las importaciones; en otras palabras, elegir entre importar bienes de consumo no durables o bienes de capital y materia prima. En consecuencia, para Carmagnani, el análisis sobre el origen de la materia prima sería un importante indicador del efecto de la industria sobre el desarrollo económico general.

En cuanto al período anterior a 1895, el autor señala que algunas grandes concentraciones artesanales y cierto tipo de industrias ya existían desde la década del 70, gracias a un conjunto de condiciones que hicieron posible su desenvolvimiento.

Dentro de este período distingue dos ciclos. El primero, que va de 1867 a 1879, que sería ascendente hasta 1875, para disminuir posteriormente. Esa evolución parabólica se debería, por una parte, a que los altos precios de los productos de exportación provocaron una evolución económica positiva

entre 1866 y 1873, y, por otra, al impacto de la depresión mundial que afectó al país desde 1874. Por esta razón, el autor indica que la coyuntura económica general del país se encuentra en la base de la evolución de la industria y el artesanado.

El segundo —comprendido entre 1880 y 1887— se habría caracterizado por una reacción que se inicia en 1880 y dura hasta 1886. La explicación de este hecho estaría dada por la continua baja del peso chileno a causa del deterioro del comercio de exportación y por la guerra del Pacífico. Carmagnani hace notar al respecto que la mayoría de los autores sólo ha puesto énfasis en el segundo de estos factores, dejando de lado el primero que, a su juicio, es el más importante. A continuación, argumenta que la industria pudo desarrollarse en gran medida gracias a que los precios de los productos nacionales, no obstante la desvalorización monetaria, aumentaron menos que los importados, los cuales debían hacerlo en la misma proporción en que se devaluaba la moneda. Para Carmagnani, en consecuencia, el desarrollo industrial no sólo estaría unido a la evolución económica general del país, sino también a la estructura del comercio internacional.

En el período 1910-1918 distingue las siguientes etapas: 1910-1913; 1913-1914 y 1915-1918. Entre 1910-1913, según la serie de producción, habría una tendencia al estancamiento, la cual no sería más que la continuación del período 1906-1910. Este fenómeno se produce, de acuerdo con la documentación estadística, a pesar del aumento de los capitales invertidos. Al igual que lo ocurrido con anterioridad se habría tendido a crear nuevas industrias de tamaño reducido en vez de fortalecer las preexistentes.

Entre 1913 y 1914, el país sufre una aguda crisis cuyas repercusiones en el sector industrial se exteriorizan en la disminución brusca del capital invertido. Esta merma sería un índice del predominio del capital variable sobre el fijo y, por lo tanto, una muestra de la poca o ninguna evolución técnica de la industria. Por otra parte, el menor capital invertido habría hecho disminuir a la mitad las empresas industriales y artesanales provocando, entre otras cosas, la caída de la producción y una fuerte desocupación.

A partir de 1915 se nota, según el autor, un repunte de la producción artesanal e industrial, que lleva a recuperar en 1916 los niveles anteriores a la crisis. Algo similar ocurre en el caso del capital invertido, aunque esto no es válido para el artesanado. Las inversiones siguen la misma orientación que se había señalado para los años 1910-1913. Esto permite a Carmagnani concluir que el desarrollo de la actividad industrial entre 1914-1918, se habría realizado mediante el aumento de las unidades productivas y no por el fortalecimiento de las preexistentes.

También en esta etapa habría un importante incremento de los salarios, aunque no de la ocupación. Lo primero sería consecuencia de la falta de mano de obra calificada, y lo segundo de una modernización tecnológica favorecida por las tarifas aduaneras de 1916 y la guerra mundial. Debido al



conflicto bélico, a los países industrializados les fue más conveniente exportar bienes de capital (con mayor contenido tecnológico y de capital) a fin de aprovechar lo mejor posible la disminución del transporte.

Finalmente, el autor considera que no tiene validez la tesis que asigna un papel decisivo a la Primera Guerra Mundial en el desarrollo de la industria chilena. Aun cuando algunos índices aumentan, como los de producción (para Oscar Muñoz la tasa de incremento de la producción entre 1910 y 1918 fue de 9% al año y para Carmagnani de sólo 2,3%) y capital, durante 1914-1918 no se aprecia una tendencia a la concentración industrial y no hay, a pesar de la guerra, una sustitución de la materia prima importada por la nacional. Prueba de esto último sería que, en 1914, el valor de la materia prima importada representa el 32,5% del valor total de la materia prima y es de 30,7% en 1918. Además, el capital invertido en la industria en vez de provenir del mismo sector mediante un proceso de autogeneración, lo hace en forma preferente de la agricultura que era justamente uno de los sectores con una evolución más negativa. Por lo tanto, el desarrollo industrial no estaría explicado por "mecanismos autopropulsores" que permitieran un crecimiento partiendo de sí mismo. De ahí que la industria no podía llegar a ser un elemento transformador de la atrasada estructura económica del país. Otro indicador de este fenómeno son las tasas de desarrollo de la producción y el capital, más altas para el período anterior a 1910 que para el de 1910-1918.

El segundo capítulo de la obra está dedicado a un análisis sectorial del desarrollo industrial y artesanal. Para no perder la visión de conjunto, el autor utiliza como criterio la proporción que cada uno de los diez sectores que estudia, tiene en el valor de la producción global.

Entre 1895 y 1918, el peso relativo de los diversos sectores industriales y artesanales sobre la producción industrial y artesanal global sería el siguiente: alimenticio, 45%; textil, 10%; químico, 6,4%; maderero, 12%; metal-mecánico, 5%; construcción, 2,2%; cuero, 9,3%; gas-electricidad, 3,1%; papel 6% y varios, 1 por ciento.

El sector alimenticio concentra la parte más importante de la actividad global. Su desarrollo dependerá en gran medida de la evolución de la agricultura que, al estar en franca decadencia, influirá negativamente en aquel sector. Esto lo hará cada vez más dependiente del mercado externo, como lo demostrará el que la materia prima de origen externo tenga una tasa de incremento mayor que la nacional.

Este sector es uno de los primeros en desarrollarse debido a que no requería fuertes inversiones en capital fijo, ni tampoco mano de obra calificada. Además, se ve favorecido por la pérdida que sufre la agricultura de los mercados externos, factor que obligó a que se volcara la producción agrícola al mercado interno. A lo anterior se agrega tanto la paulatina vuelta al proteccionismo, que desalentaba las importaciones de bienes de consumo no durable, como el aumento, por los países industrializados, de las exportacio-

nes de bienes de alto contenido tecnológico en desmedro de los no durables. Ello permitirá consolidar las industrias nacionales que se dedicaban a la elaboración de estos últimos. Por ser el sector alimenticio uno de los primeros en surgir, es el que pesa más fuertemente sobre la producción, capital y ocupación global.

El sector metalmecánico, por su parte, en vez de tener un papel decisivo, es prácticamente marginal. Su existencia no es producto de la evolución económica general, sino de las necesidades del sector minero y de las importaciones de maquinarias, circunstancias que influirán en la creación de establecimientos para montaje y reparación.

Para el autor, el desarrollo de la industria y el artesanado en Chile, al igual que en cualquier proceso de industrialización, se produce por estratos superpuestos, vale decir, cuando un sector alcanza un determinado nivel saturando sus posibilidades, vendrá uno nuevo a dar un impulso a la evolución global. Sin embargo, en el caso chileno este fenómeno tendría una significación diversa porque no existiría un deslizamiento de la industria de bienes de consumo a la industria intermedia y luego a la de bienes de capital.

En el capítulo tercero pretende determinar la influencia que tuvo el pensamiento y la política económica en la aparición de empresas industriales y artesanales. A juicio del autor, la declinación del pensamiento mercantilista-fisiócrata está íntimamente relacionado con el aumento que experimentan las exportaciones chilenas entre los años 1840-1850, lo cual va a favorecer la liberalización del comercio exterior y la difusión del liberalismo económico. A partir de 1870 surgirán las primeras críticas al liberalismo, desarrollándose en algunos sectores una postura de carácter proteccionista. Este pensamiento, que en un comienzo se limita a pedir barreras aduaneras, hacia 1890 había evolucionado lo suficiente como para proponer que se estableciese un sistema de premios y subvención directa a favor de aquellas industrias que explotaran los recursos naturales del país y que el Estado, en la compra de productos, prefiriera a los nacionales.

Sólo a partir de la tarifa aduanera de 1897 —expone Carmagnani— se produciría efectivamente una influencia del proteccionismo en la política económica. Las leyes de 1877 y 1878 que favorecen el crecimiento industrial obedecen a problemas derivados de déficit fiscal y no a una influencia del pensamiento proteccionista.

La protección estatal, para determinados sectores, consistió generalmente en la disminución de la tasa de importación para la materia prima y maquinaria, o en el aumento de los derechos para las importaciones de productos similares a los nacionales y, después de 1902, en la concesión de bonificaciones especiales.

En definitiva, para Carmagnani, el pensamiento proteccionista y la política económica tienen una influencia notoria en el desarrollo industrial con posterioridad a 1890. De no haber mediado esa intervención del Esta-

do, la industria no habría logrado el nivel de evolución que alcanzó a comienzos de este siglo.

En la última parte del trabajo se analiza la relación de dependencia que padece la economía chilena con respecto a la inglesa y las consecuencias de ello en el proceso de industrialización del país.

Al respecto, sostiene que la gran depresión de 1873-1895 tuvo una influencia decisiva en el surgimiento de la industria nacional. Esto por dos causas fundamentales: por una parte, porque al disminuir las exportaciones la economía chilena entra en una fase de desequilibrio que, a su juicio, llega a transformarse en permanente y que califica de estructural. Una de las manifestaciones de ese desequilibrio son los déficit de balanza de pagos que, al decir del autor, provocaron la baja en el valor del peso chileno. La desvalorización (que el autor no vincula al aumento del circulante fiduciario) sirvió de freno a las importaciones, debido a que los precios de los bienes extranjeros subían en la misma proporción en que aumentaba el valor de la libra esterlina con respecto al peso, circunstancia que no ocurría con los bienes nacionales. Este fenómeno desalentaba las importaciones de bienes de consumo no durables, favoreciendo por lo tanto su fabricación en el país.

La otra causa se refiere a los cambios que ocurren en la economía inglesa. La recesión económica también provoca problemas a la producción industrial inglesa, que se ve afectada por la competencia de otras potencias. Para compensar esta situación deja virtualmente de lado la producción y exportación de bienes de consumo no durables, estimulando, por el contrario, la de bienes intermedios y de capital e incrementando las inversiones en los países bajo su influencia económica. La reorientación de la producción y exportación inglesa permitió a algunos países como Chile iniciar una limitada actividad industrial, especialmente en aquellos sectores que requerían de un escaso capital y menos tecnología (industria alimenticia). Por otra parte, las exportaciones de bienes con alto contenido tecnológico y las inversiones inglesas en Chile se habrían orientado principalmente hacia las actividades relacionadas con el sector exportador (minero). Ello termina por acentuar la característica estructural de país exportador de materias primas así como la relación de dependencia de la economía nacional con respecto a la inglesa.

Sin desconocer el aporte historiográfico que significa esta obra, pensamos que un estudio que utiliza en forma preferente documentación de carácter cuantitativa debería haber sido precedido de una rigurosa y minuciosa crítica de las fuentes. Los censos industriales son la principal y única fuente que utiliza para la formación de las series estadísticas sobre la industria y el artesanado. Aunque no exista otra documentación cuantitativa sobre la materia, creemos que no es suficiente afirmar —a propósito de un cuadro que muestra los índices y tasas de incremento de la actividad industrial y artesanal entre 1910-1918— que el grado de credibilidad de las estadísticas utilizadas es bastante elevado debido a la concordancia entre las diversas

series de la actividad total de la industria y el artesanado. Para otros aspectos de la actividad económica emplea principalmente el Anuario Estadístico, fuente que merece reparos similares a los ya expresados. Carmagnani emplea las series como si efectivamente reflejaran en forma objetiva y sin errores la realidad. Suponiendo que la documentación tuviese esas cualidades, conveniente habría sido que en la introducción incluyera todos aquellos argumentos que le permiten hacer un uso tan suelto de ella.

En cuanto a algunas de las tesis que sostiene el autor, nos merece dudas aquella que hace referencia al desarrollo industrial con anterioridad a 1895. Como se recordará, expresa que pudo consolidarse una industria de bienes no durables debido a la desvalorización del peso y a una reorientación de las exportaciones inglesas. La fundamentación para el primero de esos argumentos estaría dada por el alza mayor de los productos importados (a consecuencia de la pérdida de valor de la moneda) con respecto a los nacionales. Este planteamiento, teóricamente válido, dado el estado actual de las investigaciones sobre los problemas de inflación interna, nos parece un tanto discutible y sin la suficiente base documental. Estaría fuera de discusión que entre 1880 y 1900 la desvalorización de nuestra moneda en relación a la libra esterlina fue cercana al 47%. Sin embargo, en el mismo lapso, según la única monografía que hay sobre la materia, la inflación interna sería cercana al 100%.

• Albert Hirschman, que es quien presenta un cuadro con el aumento de los precios en Chile, se apoyó en la Memoria para postular al grado de licenciado en ciencias económicas en la Universidad Católica de Chile de Adolfo Latorre. Ese índice de precios está construido fundamentalmente con bienes nacionales, y, aunque puede ser criticable en muchos sentidos, es hasta ahora el único trabajo que permite medir las alzas de los precios internos. En consecuencia, según el nivel de los conocimientos de que se dispone en la actualidad, pareciera un tanto aventurado suponer que los precios de los bienes nacionales tuvieron aumentos inferiores a los importados.

En relación con el mismo período de la evolución industrial, creemos interesante consignar que entre los factores que explican la supervivencia y desarrollo de algunos establecimientos industriales, hay uno de cierta significación y que el autor no menciona. Nos referimos al papel que desempeñaron los comerciantes exportadores e importadores de Valparaíso a lo largo de toda la segunda mitad del siglo XIX. El manejo que éstos hicieron de las tarifas de avalúos (a ellos correspondía determinarlas por determinación gubernamental), sobre las que recaían los impuestos aduaneros, impidió la consolidación de ciertas industrias. Los comerciantes de Valparaíso fijaban una tarifa de avalúos tal para las materias importadas que necesitaban esos establecimientos que, a pesar del aumento de las tasas aduaneras para los productos extranjeros, estos últimos podían competir favorablemente con los nacionales. Por otra parte, desde la década de 1890 muchos comerciantes se vincularon a algunas industrias facilitando su consolidación a través del aporte de capitales y de la no importación de bienes competidores de los

productos nacionales. El artículo del profesor Juan Eduardo Vargas sobre la SOFOFA, incluido en este Anuario, hace referencias a ambos fenómenos. Emplea como principal fuente el Boletín de la Sociedad, por lo que resulta un tanto extraño que Carmagnani, que trabajó ese material, no haga mención a este punto.

A propósito de la conclusión sobre el papel no dinámico que habría desempeñado la industria chilena, el autor utiliza como medio probatorio el incremento de la materia prima de origen extranjero. Sin negar la posible validez de esa conclusión, parece discutible usar como indicador del efecto de la industria sobre el desarrollo económico general el porcentaje de aumento o disminución de la materia prima importada. Existen países cuyos porcentajes de utilización de materia prima importada son sumamente altos y, sin embargo, poseen un grado de desarrollo industrial muy avanzado.

En lo referente al origen del capital invertido en la industria, Carmagnani sostiene la tesis de que no es autogenerado, y que al contrario proviene, en gran parte, a través de los bancos, de la agricultura. En general, la tesis sobre la formación del capital interno, si bien es de gran originalidad e interés, requiere de una profunda investigación para poder ser comprobada. De inmediato nos surgen ciertas interrogantes respecto a algunos planteamientos del autor, como, por ejemplo, ¿cuál fue el grado efectivo de vinculación entre la banca y los agricultores? El capital extranjero (principalmente inglés) desplazó al capital chileno en la industria salitrera, pero ¿ocurrió algo similar en el cobre, carbón y plata, como para pasar por alto la posibilidad de que desde este sector minero fluyera capital nacional hacia la industria? Al tenor de lo que expone Juan Eduardo Vargas en el artículo a que hacíamos referencia, los comerciantes de Valparaíso también habrían desempeñado un cierto papel en materia de inversiones en la industria: ¿que magnitud aproximada tuvieron, se puede desconocer su significación? Quizás si la revisión del Archivo Notarial podría haber aclarado en parte estos puntos.

No obstante las limitaciones expresadas, la obra de Carmagnani significa un aporte a la historia económica nacional. Se puede discrepar de muchas de sus tesis, pero no es posible dejar de reconocer el manejo eficiente de una metodología moderna, así como lo refinado, lógico y convincente de algunos de sus razonamientos.

Al respecto, llaman especialmente la atención los sugerentes planteamientos en torno al efecto de la Primera Guerra Mundial en el desarrollo industrial, la determinación de ritmos de crecimiento y depresión en la evolución tanto global como sectorial de la industria y, en fin, su postura referente al proceso de sustitución de importaciones y el análisis sobre el surgimiento del liberalismo económico y la evolución del pensamiento proteccionista.

La tesis central de la obra está desarrollada en forma inteligente y novedosa. Para poder demostrarla tuvo que referirse a la evolución econó-

mica general y a la relación de dependencia del comercio internacional, específicamente de Inglaterra. El trabajo que comentamos, en consecuencia, va más allá de un estudio sobre la industria chilena; es un análisis acerca de las características de la estructura económica del país. Es quizás en este hecho donde se originan varias de las dudas que deja la obra, ya que debió abordar ciertos temas sobre los cuales no contaba con documentación suficiente o con trabajos monográficos previos.

RENÉ MILLAR CARVACHO

D. C. M. Platt. *LATIN AMERICA AND BRITISH TRADE: 1806-1914*. Adam & Charles Black. London 1972, xii, 352 pp.

Pese a la importancia del tema, o quizás por lo mismo, quienes escriben sobre el comercio exterior de América Latina suelen, con frecuencia, descuidar la compleja realidad de los hechos y dirigir sus esfuerzos a demostrar ideas preconcebidas que, las más de las veces, encubren objetivos ajenos a la ciencia. Apartándose de estos moldes, el profesor Platt ha realizado uno de los pocos estudios serios sobre el comercio entre Gran Bretaña y Latinoamérica desde la víspera de la Independencia hasta la Primera Guerra Mundial.

El trabajo del profesor Platt —cuyo libro sobre finanzas, comercio y política exterior británica fue publicado en 1968— está basado casi exclusivamente en fuentes inglesas, lo que redundará en una perspectiva unilateral del tema. Hay una ausencia de bibliografía y fuentes en castellano con las consecuentes limitaciones. Así, los datos sobre la población de Chile a comienzos del siglo XIX están tomados del relato del viajero Schmidtmeyer, y el autor repite las cifras de Humboldt para la población de América Hispánica. Del mismo modo, el autor sólo utiliza las estadísticas oficiales latinoamericanas a través de los informes consulares ingleses. Sin embargo, su dominio de la materia y, especialmente, la riqueza de la documentación británica publicada como *Parliamentary Papers* y que forma la médula de este trabajo, compensan en buena parte estas limitaciones y le dan una mayor unidad a la obra.

El autor distingue dos etapas en la evolución del comercio británico-latinoamericano. Hasta la década de 1860, este tráfico se caracterizó por su escaso volumen y su lento crecimiento. Luego de un breve auge entre 1806 y 1811, las exportaciones británicas se vieron afectadas por un conjunto de factores adversos: un mercado consumidor reducido, dificultades de transporte hacia el interior del continente, falta de productos de retorno e inestabilidad política en la mayoría de los países. Las mercaderías inglesas debían competir con una producción artesanal local, la cual logró sobrevivir

en la medida que pudo hacer frente al abaratamiento de los costos de las manufacturas europeas y la reducción de los gastos de transporte. El mercado más importante para Inglaterra durante este período fue el imperio del Brasil, que absorbía entre un tercio y la mitad de las exportaciones británicas a la América Latina.

Desde mediados de siglo, la construcción de ferrocarriles comenzó a abrir el interior del continente al comercio internacional, fomentando las exportaciones agropecuarias y mineras. A su vez, la estabilidad política, requisito necesario para atraer esta clase de inversiones, se vio favorecida por la mejora en las comunicaciones internas. Este fenómeno tuvo su máxima expresión en Argentina, donde la expansión de los ferrocarriles fue acompañada por una fuerte corriente inmigratoria hacia el campo, logrando el país un crecimiento económico notable. Este desarrollo abrió insospechados mercados para toda clase de manufacturas británicas, aumentando enormemente el volumen de su comercio.

Sin embargo, a partir del último cuarto del siglo, Gran Bretaña debió afrontar una doble amenaza. Por una parte, los productos británicos debían competir con las nacientes industrias nacionales, especialmente en los países de mayor población. Estas industrias gozaban de cierta protección arancelaria aumentada de hecho por el uso de valorizaciones aduaneras elevadas, a lo que se sumaba el encarecimiento relativo de los productos importados por efecto de la desvalorización monetaria que afectaba a diversos países. Por otra parte, Alemania y Estados Unidos, al lograr un cierto desarrollo industrial y comercial, entraron a competir seriamente en los mercados mundiales afectando sensiblemente la posición preponderante del comercio inglés. El profesor S. B. Saul ha afirmado al respecto que esta decadencia relativa del comercio británico se observa más claramente al examinar las condiciones del mercado sudamericano donde, según él, existía una mayor competencia efectiva que en cualquiera otra parte.

Discrepando con esta afirmación, el autor plantea su tesis fundamental: no es razonable esperar que Gran Bretaña mantuviera un porcentaje fijo de un volumen comercial mucho más grande. La pérdida de algunos mercados no debe considerarse como una derrota comercial para Gran Bretaña, sino, sencillamente, como el resultado de una reorientación de esfuerzos y recursos hacia aquellos mercados y productos que reportaran mayores beneficios. Las manufacturas británicas gozaban de una natural preferencia en los ricos mercados del imperio, favorecidas por la identidad de idioma, afinidades culturales y vinculaciones político-económicas. En estas circunstancias, resultaba lógico que el impulso comercial británico se volcara de preferencia hacia esas regiones.

El autor estudia las formas y modalidades del comercio exterior latinoamericano, las que variaban según el producto y las condiciones del mercado, llegando a la conclusión que los comerciantes británicos no eran ni más ni menos eficientes que sus competidores. El análisis de aquellos fac-

tores que afectaban adversamente las exportaciones británicas parecen confirmar su tesis. Así, la reducción en el número de casas comerciales inglesas y la falta de representantes de industrias británicas, especialmente en plazas de poca importancia, se debió a la baja rentabilidad de los negocios y a las posibilidades de ocupar el capital en forma más efectiva en otra parte.

Cada rubro de exportación presentaba a su vez características propias. Muchos productos británicos eran plenamente competitivos en los mercados latinoamericanos; en el caso de los tejidos de algodón, donde los industriales de Lancashire estaban dispuestos a fabricar cualquier artículo, los ingleses resultaban imbatibles. Por el contrario, en el campo de los artículos eléctricos, las manufacturas británicas estaban en franca desventaja frente a sus congéneres en Alemania y Estados Unidos. La industria automotriz inglesa fabricaba vehículos de acuerdo a las exigencias del mercado interno que no reunían las condiciones de precio y resistencia necesarias para competir en el mercado sudamericano. Problemas similares existían para los productos de exportación latinoamericanos que afrontaban la concurrencia de las materias primas procedentes del Imperio.

A pesar de esta predilección por los mercados imperiales, las exportaciones británicas a América Latina experimentaron un aumento considerable en los primeros años del presente siglo hasta 1914. Ello se debe principalmente a tres factores: las enormes inversiones inglesas, que al estallar la Primera Guerra Mundial sobrepasaban los mil millones de libras esterlinas; la importancia del tráfico con Argentina, que representaba alrededor del 50% del comercio total con América Latina, y la fuerte demanda por tejidos de algodón y carbón del Reino Unido. Con todo, el autor considera que el interés del comercio británico por América Latina tendía a disminuir. Esta retirada, subraya, no significaba una decadencia de su capacidad de competir en los mercados mundiales, sino que era una deliberada reorientación de sus esfuerzos. "La explicación de la actitud británica hacia las Repúblicas —concluye— hay que buscarla en las oportunidades abiertas a los comerciantes e industriales británicos en otros lugares, en el cambio de la estructura de la industria británica, en las prioridades y preferencias entre fabricantes y vendedores, productores y consumidores".

Considerando las dificultades de abarcar un tema tan extenso, la obra del profesor Platt representa un esfuerzo notable y valioso. Sería necesario, sí, realizar algunos estudios más detallados sobre áreas particulares, utilizando además otras fuentes, para configurar un cuadro más preciso. Su tesis es, sin lugar a dudas, sugerente y, al plantear nuevas perspectivas, obliga a revisar algunas ideas generalizadas sobre el comercio británico con Latinoamérica.

JUAN RICARDO COUYOUMDJIAN